



Selección de cuentos



Antón Chéjov



Selección de cuentos

Antón Chéjov

Antón Pávlovich Chéjov nació en Tangarog, Rusia, en 1860; es por derecho propio uno de los grandes clásicos de la literatura universal. Perteneció a la corriente más psicológica del realismo: el naturalismo. Reconocido como el maestro del relato corto y considerado uno de los más importantes autores de este género en la historia de la literatura.

Su padre fue comerciante, su madre, cuentacuentos. En 1976, la familia Chéjov, arruinada por un quiebre económico en el negocio familiar, se traslada a Moscú, a excepción de Antón, quien en 1879 ingresa a la facultad de medicina. En su época estudiantil, la miseria en la que vivían él y su familia le incitó a escribir cuentos cortos y caricaturas humorísticas, que firmaba bajo el seudónimo de "Antosha Chejont".

En 1884 trabajó como ayudante en un hospital. De esa época datan sus primeros dramas como *Ivánov*. En 1887, ganó el Premio Pushkin gracias a la colección de relatos cortos *Al anochecer*; su nueva colección, *La estepa* (1888), fue igualmente bien acogida. Algunas de sus obras más conocidas son *La dama del perrito* (1899), *El pabellón número 6* (1892) o *La cigarra* (1892). En los últimos años de vida escribió sus obras de teatro más reconocidas: *Tío Vania* (1899 - 1900), *Las tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904). Enfermo durante años y tras recorrer varios sanatorios, muere en Alemania, en 1904, a consecuencia de tuberculosis.

Antón chéjov

Selección de cuentos



Selección de cuentos
Antón Chéjov

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Progama Lima Lee de la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

La dama del perrito

I

Había corrido la noticia de que en el malecón había aparecido un personaje nuevo: una dama con un perrito. Dmitri Dmítrich Gúrov, que llevaba ya dos semanas en Yalta y había adquirido las costumbres del lugar, también había empezado a interesarse por las caras nuevas. Sentado en la terraza del Vernet, vio pasar por el malecón a una joven dama, rubia y de pequeña talla, tocada con una boina; tras ella correteaba un lulú blanco.

Más tarde se la encontró varias a veces en los jardines de la ciudad y en la glorieta. Paseaba sola, siempre con la misma boina y su lulú blanco; nadie sabía quién era y la llamaban simplemente así: la dama del perrito.

«Si está aquí sin su marido y sin amigos —se decía Gúrov—, no estaría mal trabar conocimiento con ella».

Aún no había cumplido los cuarenta, pero ya tenía una hija de doce años y dos hijos que iban al instituto. Se había casado joven, siendo estudiante de segundo curso, y ahora su esposa parecía mucho mayor que él. Era una mujer alta, con las cejas oscuras, envarada,

grave, con aire de importancia y, como ella misma decía, intelectual. Leía mucho, utilizaba la nueva ortografía en su correspondencia, llamaba a su marido Dimitri, en lugar de Dmitri; en su fuero interno él la consideraba limitada, mezquina y vulgar; le tenía miedo y no le gustaba estar en casa. La engañaba desde hacía tiempo y con harta frecuencia; probablemente por eso casi siempre hablaba mal de las mujeres y, cuando en su presencia se hacía algún comentario sobre ellas, exclamaba:

—¡Esa raza inferior!

Consideraba que su amarga experiencia le había instruido lo bastante para llamarlas como se le antojara; sin embargo, no habría podido vivir dos días sin esa «raza inferior». En compañía de los hombres se aburría, se encontraba a disgusto, se mostraba taciturno y frío; pero entre mujeres se sentía libre, sabía de qué hablar con ellas y cómo comportarse; en su compañía le resultaba grato hasta guardar silencio.

En su aspecto, en su carácter, en toda su persona había algo seductor e inefable que predisponía a las mujeres en su favor y las atraía; él lo sabía y a su vez se sentía arrastrado hacia ellas por una fuerza desconocida. Su experiencia, copiosa y en verdad

amarga, le había enseñado desde hacía tiempo que, si en un principio toda relación aporta a la vida una agradable variedad y se presenta como una aventura maravillosa y sin complicaciones, en el caso de un hombre respetable, sobre todo si se trata de un moscovita vacilante e indeciso, termina convirtiéndose siempre en un auténtico problema, sumamente complejo, que acaba desembocando en una situación desagradable. Pero cada vez que conocía a una mujer atractiva, esa experiencia parecía borrarse de su memoria y, arrebatado por un ansia de vivir, todo se le antojaba sencillo y divertido.

Es el caso que un día estaba almorzando en el jardín a la caída de la tarde, cuando la dama de la boina se acercó con pasos lentos a la mesa contigua. Su expresión, sus andares, su vestido y su peinado le decían que pertenecía a la buena sociedad, que estaba casada, que era la primera vez que iba a Yalta, que estaba sola y que se aburría… En los rumores que corren sobre las licenciosas costumbres de Yalta hay muy poco de cierto; él los despreciaba, pues sabía que en su mayor parte eran difundidos por personas que habrían pecado de buena gana si hubieran podido; pero, cuando la dama se sentó a la mesa contigua, a tres pasos de él, le vinieron a la memoria todos esos relatos de conquistas fáciles y excursiones a las montañas, y el

pensamiento tentador de una relación breve y pasajera, de un romance con una mujer desconocida, de la que no se sabe ni el nombre ni el apellido, se apoderó de pronto de él.

Llamó al lulú con zalamerías y, cuando se le acercó, le amenazó con el dedo. El perro gruñó y Gúrov volvió a amenazarle.

La dama le miró y al punto bajó los ojos.

—No muerde —dijo, ruborizándose.

—¿Le puedo dar un hueso? —y cuando ella asintió con la cabeza, le preguntó con afabilidad—: ¿Lleva mucho tiempo en Yalta?

—Unos cinco días.

—Yo llegué hace dos semanas.

Durante un rato guardaron silencio.

—El tiempo pasa deprisa y, sin embargo, ¡hay que ver cómo se aburre una aquí! —dijo ella, sin mirarlo.

—La gente se ha acostumbrado a decir que se

aburre aquí. Un habitante de Beliov o Zhizhdra no se aburre en su casa, pero viene aquí y dice: «¡Ah, qué aburrimiento! ¡Ah, qué polvo!». Ni que viniera de Granada.

Ella se echó a reír. Luego los dos siguieron comiendo en silencio, como desconocidos; pero después del almuerzo se marcharon juntos e iniciaron una conversación chispeante y ligera, típica de personas libres y satisfechas, a las que poco importa adónde van y de qué hablan. Pasearon y comentaron la extraña luminosidad del mar; el agua tenía una tonalidad lila, delicada y cálida, y la luna dibujaba sobre ella una banda dorada. Hablaban de lo sofocante del ambiente después de una jornada tórrida. Gúrov contó que era moscovita, había seguido estudios de filología y trabajaba en un banco; en el pasado había tenido intención de convertirse en cantante de ópera de una compañía privada, pero había renunciado a ese propósito; tenía dos casas en Moscú… Por su parte se enteró de que ella se había criado en San Petersburgo, pero se había casado en S., donde llevaba viviendo dos años; que pasaría en Yalta un mes más y que su marido quizá se reuniría con ella, pues también estaba necesitado de descanso. No fue capaz de explicarle dónde trabajaba su marido, si en la administración provincial o en el consejo local del zemstvo, y ella

misma lo encontró muy divertido. También averiguó Gúrov que se llamaba Anna Serguéievna.

De vuelta en su habitación, pensó en ella, en que al día siguiente probablemente volverían a encontrarse. No podía ser de otra manera. Al acostarse, estuvo sopesando la idea de que hasta hacía poco esa mujer estudiaba en el instituto, igual que ahora su propia hija; recordó la timidez y torpeza que transparentaban sus risas y su manera de conversar con un desconocido; probablemente era la primera vez en su vida que estaba sola y se encontraba en semejante posición, perseguida por hombres que la miraban y le hablaban con un único fin secreto que ella no podía dejar de adivinar. Recordó su cuello fino y delicado y sus hermosos ojos grises.

«En cualquier caso, hay algo en ella que inspira piedad», pensó y se quedó dormido.

II

Pasó una semana desde el día en que se conocieron. Era una jornada festiva. En las habitaciones, el ambiente

era sofocante y en las calles el viento levantaba remolinos de polvo y arrancaba los sombreros. La sed no les abandonaba, de modo que Gúrov entraba a menudo en el restaurante e invitaba a Anna Serguéievna a un refresco o un helado. No sabía uno dónde meterse.

Al atardecer, cuando el viento se calmó un poco, se dirigieron al muelle para contemplar la llegada del vapor. En el embarcadero había muchos transeúntes; habían ido a recibir a alguien y llevaban ramos de flores en las manos. En ese lugar saltaban a la vista dos peculiaridades de la sociedad elegante de Yalta: las damas maduras iban vestidas como las jóvenes y había muchos generales.

Debido a la agitación del mar, el vapor llegó con retraso, cuando ya se había puesto el sol y, antes de atracar, tuvo que hacer una larga maniobra de aproximación. Anna Serguéievna miraba el vapor y a los pasajeros con sus impertinentes, como sibuscara a algún conocido, y cuando se volvía hacia Gúrov sus ojos estaban brillantes. Hablaba mucho y planteaba cuestiones bruscas, olvidándose al punto de lo que acababa de preguntar; luego perdió sus impertinentes entre el gentío.

La elegante multitud empezó a dispersarse; ya no se veía ninguna cara nueva, el viento se había calmado

del todo, pero Gúrov y Anna Serguéievna seguían allí, como si esperaran que descendiera algún pasajero más. Anna Serguéievna ya no hablaba y aspiraba el perfume de las flores sin mirar a Gúrov.

—El tiempo ha mejorado por la tarde —dijo él—. ¿Adónde quiere que vayamos ahora? ¿Le apetece que demos una vuelta en coche?

Ella no respondió.

Entonces él la miró fijamente y de pronto la abrazó y la besó en los labios, sintiéndose envuelto por el perfume y el frescor de las flores; luego se volvió con inquietud para cerciorarse de que no les había visto nadie.

—Vamos a su cuarto… —dijo en voz baja.

Y los dos partieron con rápidos pasos.

En la habitación, el ambiente era sofocante y estaba impregnado de los perfumes que ella compraba en una tienda japonesa. Al mirarla de nuevo, Gúrov pensó: «¡Hay que ver qué encuentros nos depara la vida!».

De su pasado guardaba el recuerdo de mujeres despreocupadas y bondadosas, contentas de poder

amar, agradecidas por la felicidad que él les procuraba, aunque fuera pasajera; había otras —como por ejemplo su mujer— que amaban sin sinceridad, con un exceso de palabras, gestos afectados, ademanes histéricos y mohines que parecían dar a entender que lo suyo no era amor o pasión, sino algo más importante; había otras dos o tres, muy hermosas y frías, de cuyo rostro se adueñaba de repente una expresión rapaz, un deseo obstinado de obtener y arrebatarle a la vida más de lo que podía ofrecer; ya no estaban en la primera juventud, eran caprichosas, irreflexivas, autoritarias, poco inteligentes; cuando Gúrov dejaba de interesarse por ellas, su belleza le inspiraba aborrecimiento y los encajes de sus vestidos se le antojaban escamas.

Aquí, en cambio, se percibía esa timidez, esa torpeza, esa turbación de la juventud inexperta, así como una sensación de confusión, como si alguien hubiera llamado de pronto a la puerta.

Anna Serguéievna, la «dama del perrito», reaccionaba ante lo ocurrido de un modo particular, con gran seriedad, como si se tratara de una caída; así lo parecía y era una situación extraña y fuera de lugar. Sus rasgos se alteraron, perdieron su lustre, los largos cabellos colgaban con aire triste a ambos lados de la cara; se quedó pensativa y adoptó una expresión afligida, como la pecadora de un cuadro antiguo.

—Esto no está bien —dijo—. Ahora usted será el primero en no respetarme.

Sobre la mesa había una sandía. Gúrov cortó una rodaja y empezó a comer sin prisas. Pasaron al menos media hora en silencio.

Anna Serguéievna estaba conmovedora, desprendía esa aura de pureza de las mujeres honradas, ingenuas y poco conocedoras de la vida; una vela solitaria, que ardía sobre la mesa, iluminaba apenas su rostro, pero era evidente que sentía un peso en el corazón.

—¿Por qué iba a dejar de respetarte? —preguntó Gúrov—. No sabes lo que dices.

—¡Que Dios me perdone! —dijo y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Es terrible.

—Se diría que tratas de justificarte.

—¿Cómo voy a justificarme? Soy una mujer ruin y miserable, me desprecio y no pienso en ninguna justificación. No es a mi marido a quien he engañado, sino a mí misma. Y no solo ahora, sino desde hace tiempo. Mi marido quizá sea un hombre honrado y bueno, pero es un lacayo. No sé lo que hace allí ni qué

puesto ocupa, sólo que es un lacayo. Cuando me casé con él, tenía veinte años. Me atormentaba la curiosidad, aspiraba a una vida mejor; debe haber otra vida mejor, me decía. ¡Quería vivir! Vivir, vivir… La curiosidad me devoraba… Usted no lo comprende, pero le juro por Dios que ya no podía dominarme, algo me sucedía, no podía controlarme; le dije a mi marido que estaba enferma y vine aquí… Desde mi llegada me he pasado todo el tiempo dando vueltas como si estuviera loca o borracha… Y me he convertido en una mujer vulgar y vil, a la que todo el mundo puede despreciar.

Gúrov estaba ya aburrido de escucharla; le irritaba ese tono ingenuo, esa confesión, tan inesperada como intempestiva; de no haber sido por las lágrimas, habría podido pensarse que bromeaba o interpretaba un papel.

—No lo entiendo —dijo él en voz baja—. ¿Qué es lo que quieres?

Ella ocultó el rostro en su pecho y se apretó contra él.

—Créame, créame, se lo ruego… —dijo ella—. Amo la honradez y la pureza y me repugna el pecado; ni yo misma sé lo que hago. La gente corriente dice: el maligno lo ha tentado. Yo también puedo emplear ahora esa expresión.

—Basta, basta… —farfulló él.

Contemplaba sus ojos inmóviles y asustados, la besaba, le hablaba con ternura y delicadeza, y ella poco a poco se fue tranquilizando y recuperando la alegría; ambos se echaron a reír.

Más tarde, cuando salieron, en el malecón no había ni un alma; la ciudad con sus cipreses tenía un aspecto completamente muerto, pero el mar seguía rugiendo y rompiendo en la orilla; sobre las olas se balanceaba una barcaza, cuyo fanal despedía un resplandor soñoliento.

Encontraron un coche de punto y fueron a Oreanda.

—Acabo de enterarme de tu apellido. En el tablón del vestíbulo estaba escrito «Von Diederitz» —dijo Gúrov—. ¿Es alemán tu marido?

—No, creo que su abuelo lo era, pero él es ortodoxo.

Cuando llegaron a Oreanda, se sentaron en un banco, no lejos de la iglesia, y se quedaron mirando el mar en silencio. Yalta apenas alcanzaba a verse a través de la bruma matinal, las cumbres de las montañas estaban cubiertas de nubes blancas e inmóviles. Las hojas estaban quietas en las ramas, se oía el chirrido de las cigarras; el ruido sordo y monótono del mar,

que llegaba desde abajo, hablaba de sosiego, del sueño eterno que nos espera.

Así era su rumor cuando ni Yalta ni Oreanda existían, así era ahora y así seguirá siendo, sordo y monótono, cuando nada quede de nosotros. En esa constancia, en esa total indiferencia a la vida y la muerte de cada hombre reside, quizá, la prueba de nuestra salvación eterna, del movimiento ininterrumpido de la vida sobre la tierra, de un perfeccionamiento constante.

Sentado al lado de una mujer joven, que tan bella parecía a la luz del amanecer, con el ánimo sereno, anonadado por la visión de ese fastuoso panorama —el mar, las montañas, las nubes, el anchuroso cielo—, Gúrov reflexionaba que en realidad, si se para uno a pensarlo, todo es bello en este mundo, salvo lo que nosotros mismos discurrimos y hacemos cuando olvidamos los fines supremos de la existencia y nuestra dignidad humana. Un hombre se aproximó —probablemente el vigilante—, los miró y se marchó. Y ese detalle también le pareció misterioso y hermoso. Vieron llegar el vapor de Feodosia, iluminado por la claridad del alba, ya sin luces.

—Hay rocío en la hierba —dijo Anna Serguéievna, rompiendo el silencio.

—Sí. Es hora de volver.

Regresaron a la ciudad.

A partir de entonces todos los días se encontraban en el malecón a eso de las doce, desayunaban y almorzaban juntos, paseaban, admiraban el mar. Ella se quejaba de que dormía mal y tenía palpitaciones, y hacía siempre las mismas preguntas, agitada por los celos o el temor de que no la respetara lo bastante. A menudo, en la glorieta o en los jardines, cuando no había nadie cerca, él la apretaba de pronto contra sí y la besaba con pasión. La completa ociosidad, esos besos recelosos y furtivos en pleno día, dados con el temor de que alguien pudiera verlos, el calor, el olor del mar y la visión constante de personas desocupadas, elegantes y satisfechas, parecían haberle regenerado; le decía a Anna Serguéievna lo hermosa y seductora que era, se comportaba como un amante impaciente y no se apartaba de ella ni un paso; pero la joven a menudo se quedaba pensativa y le rogaba con insistencia que reconociera que no la respetaba, que ni siquiera la quería y que solo veía en ella a una mujer vulgar. Casi todas las tardes, a una hora bastante avanzada, iban a algún lugar de los alrededores, a Oreanda o a la cascada; y esos paseos, siempre venturosos, despertaban invariablemente en ellos impresiones delicadas y sublimes.

Esperaban la llegada del marido. Pero se recibió una carta suya en la que anunciaba que había contraído una enfermedad en los ojos y rogaba a su mujer que regresara a casa lo antes posible. Anna Serguéievna hizo los preparativos a toda prisa.

—Está bien que me vaya —le dijo a Gúrov—. Así lo quiere el destino.

Partió en coche y él la acompañó. Viajaron durante todo el día. Cuando subió al vagón del expreso y sonó el segundo aviso, ella dijo:

—Déjeme que le vea otra vez… otra vez. Así.

No lloraba, pero estaba triste y como enferma; su rostro temblaba.

—Pensaré en usted… no la olvidaré —decía—. Que el Señor le proteja. Adiós. No guarde un mal recuerdo de mí. Nos despedimos para siempre, así debe ser, ya que no debíamos habernos encontrado nunca. Bueno, que Dios le guarde.

El tren se alejó deprisa, sus luces no tardaron en desaparecer y al cabo de un minuto ya no se oía nada, como si todo se hubiera puesto de acuerdo para poner término cuanto antes a ese dulce olvido, a esa locura.

Solo en el andén, con los ojos fijos en la oscura lejanía, Gúrov escuchaba el canto de los grillos y el zumbido de los hilos telegráficos con una sensación extraña, como si acabara de despertar. Pensaba que un nuevo acontecimiento o aventura se había producido en su vida, que ahora había terminado y ya solo quedaba su recuerdo…

Estaba conmovido, triste, y se sentía algo arrepentido, pues esa mujer joven, a la que nunca volvería a ver, no había sido feliz a su lado; él se había mostrado gentil y cordial, pero en cualquier caso en su modo de comportarse con ella, en sus palabras y en sus caricias, se percibía la sombra de una broma ligera, la grosera presunción de un hombre satisfecho que además casi le doblaba en edad. Ella no había parado de decirle que era bueno, noble, extraordinario; no cabía duda de que no lo había visto tal como era en realidad, es decir, que involuntariamente la había engañado…

En la estación olía ya a otoño; la noche era fresca. «Ya es hora de que yo también vuelva al norte —pensaba Gúrov mientras abandonaba el andén—. Ya es hora».

III

En la casa de Moscú todo tenía ya un aspecto invernal; las estufas estaban encendidas y por la mañana, cuando los niños se preparaban para ir al instituto y tomaban el té, las habitaciones estaban a oscuras y la niñera encendía durante un rato la lámpara. Había empezado a helar. Cuando cae la primera nevada y hacen su aparición los trineos, es agradable contemplar la tierra y los tejados blancos; el aire tiene una calidad suave y maravillosa, y vienen a la memoria los años de la juventud. Los viejos tilos y los abedules, cubiertos de escarcha, tienen un aire bondadoso y están más próximos a nuestro corazón que los cipreses y las palmeras; en su proximidad ya no se sienten deseos de pensar en las montañas ni en el mar.

Gúrov era moscovita y regresó a su ciudad una jornada bella y fría; nada más ponerse la pelliza y los gruesos guantes, pasearse por la calle Petrovka y escuchar el sábado por la tarde el tañido de las campanas, el reciente viaje y los lugares en los que había estado perdieron todo su encanto. Poco a poco se zambulló en la vida moscovita; leía con avidez tres periódicos al día y afirmaba que por principios no leía los diarios locales. Tenía ganas de ir a los restaurantes, al casino, a las recepciones, a los banquetes y se sentía

halagado de recibir en su casa a abogados y artistas célebres y de jugar a las cartas con un catedrático en el Círculo de Médicos. Por fin podía comer una ración entera de carne a la sartén…

Tenía la impresión de que un mes bastaría para que la imagen de Anna Serguéievna se cubriera de niebla y de que solo de vez en cuando soñaría con su conmovedora sonrisa, igual que le había sucedido antes con otras mujeres. Pero pasó más de un mes, llegó lo más crudo del invierno y en su memoria el pasado seguía tan nítido como si se hubieran separado la víspera. La intensidad de los recuerdos no paraba de crecer. Si en el silencio de la tarde llegaban hasta su despacho las voces de sus hijos, repasando la lección, u oía una romanza o un organillo en un restaurante o la nevasca ululaba en la chimenea, de pronto revivían los acontecimientos de aquellos días: la escena del muelle, el amanecer con las montañas cubiertas de niebla, el vapor de Feodosia, los besos. Paseaba de un lado a otro de la habitación, rememorando, sonriendo; luego los recuerdos se transformaban en ensoñaciones y, en su imaginación, el pasado se mezclaba con el porvenir. Más que soñar con ella, su imagen le acompañaba a todas partes, como una sombra, y le vigilaba. Cuando cerraba los ojos la veía como si estuviera delante de él y se le antojaba más hermosa, más joven, más delicada

que entonces; él mismo se consideraba mejor de lo que había sido en Yalta.

Por la tarde ella le miraba desde la estantería, desde un rincón de su habitación; oía su respiración, el delicado susurro de su vestido. En la calle seguía a las mujeres con la vista, buscando a alguna que se le pareciera…

Ardía en deseos de compartir con alguien sus recuerdos. Pero en casa era imposible hablar de su amor y fuera de ella no podía sincerarse con nadie. Ni con los vecinos, ni con los colegas del banco. ¿Qué podía decirles? ¿Había amado entonces? ¿Había habido algo bello, poético, edificante o al menos interesante en su relación con Anna Serguéievna? Y si en alguna ocasión se refería en términos vagos al amor o a las mujeres, nadie adivinaba a qué se refería; solo su mujer fruncía las oscuras cejas y decía:

—Dimitri, no te va nada ese papel de galán.

Una noche, al salir del Círculo de Médicos con su compañero de juego, un funcionario, no pudo contenerse y le dijo:

— ¡Si supiera usted qué mujer más fascinante conocí en Yalta!

El funcionario se sentó en el trineo y se dispuso a partir, pero de pronto se volvió y gritó:

— ¡Dmitri Dmítrich!

— ¿Qué?

—Tenía usted razón cuando dijo hace un momento que el esturión no olía bien.

Esas palabras, tan banales, por alguna razón indignaron a Gúrov, que las encontró humillantes y sucias. ¡Qué costumbres más salvajes! ¡Qué tipos! ¡Qué noches más intrascendentes, qué días más insípidos y anodinos! Frenéticos juegos de cartas, comilonas, borracheras, conversaciones interminables sobre los mismos temas. Actividades intrascendentes y charlas ociosas se llevaban la mayor parte del tiempo, lo mejor de las fuerzas y, al final, solo quedaba una vida angosta y limitada, carentede interés, de la que no era posible huir ni escapar; era como estar encerrado en un manicomio o en un centro penitenciario.

Presa de la indignación, Gúrov no pegó ojo en toda la noche y luego, durante el día, tuvo dolor de cabeza. Las noches siguientes durmió mal; se pasaba todo el tiempo sentado en la cama, reflexionando, o iba de un

lado a otro de la habitación. Los hijos le aburrían, el banco le hastiaba, no quería ir a ninguna parte ni hablar de nada.

En diciembre, durante las fiestas, preparó el equipaje, le dijo a su mujer que se iba a San Petersburgo a hacer unas gestiones en favor de un joven conocido y partió para la ciudad de S. ¿Con qué intención? Ni él mismo lo sabía a ciencia cierta. Quería ver a Anna Serguéievna, hablar con ella y, a ser posible, concertar una entrevista.

Llegó a S. por la mañana y reservó la mejor habitación del hotel, cuyo suelo estaba totalmente alfombrado con el paño gris empleado en los uniformes del ejército; sobre la mesa había un tintero lleno de polvo, adornado de un jinete sin cabeza, que blandía un sombrero con la mano extendida. El portero le proporcionó las informaciones necesarias: Von Diederitz habitaba en una casa propia, situada en la calle Staro-Gonchárnaia, no lejos del hotel; vivía bien, era rico, tenía sus propios caballos, todos lo conocían en la ciudad. El portero lo llamaba «Dridirits».

Gúrov se dirigió sin prisas a la calle Staro-Gonchárnaia y encontró la casa. Justo enfrente se extendía una valla gris, larga, erizada de clavos.

«Cuando se ve una valla como esa, dan ganas de salir corriendo», pensaba Gúrov mirando tan pronto las ventanas como la cerca.

Consideró que, al ser día festivo, el marido probablemente estaría en casa. En cualquier caso, sería poco delicado llamar a su puerta y ponerla en una situación embarazosa. Si le enviaba una nota, podía caer en manos del marido y entonces todose echaría a perder. Lo mejor sería aguardar una ocasión oportuna. Y se puso a pasear por la calle y junto a la valla, esperando esa oportunidad.

Vio atravesar la cancela a un mendigo, sobre el que se lanzaron los perros; al cabo de una hora se oyó un piano, cuyos sones le llegaban débiles e indistintos. Probablemente era Anna Serguéievna quien tocaba. La puerta principal se abrió de pronto, dando paso a una viejecita, tras la que correteaba el lulú blanco. Gúrov quiso llamar al perro, pero de pronto el corazón empezó a latirle con fuerza y, dominado por la emoción, no pudo recordar su nombre.

Seguía yendo y viniendo, sintiendo un odio cada vez más intenso por la valla gris; pensaba con irritación que Anna Serguéievna le había olvidado y quizá se divirtiera ya con otro, lo que sería de lo más natural

en el caso de una mujer joven obligada a contemplar desde la mañana a la noche esa maldita valla. Volvió a su habitación y pasó un buen rato sentado en el sofá, sin saber que hacer; luego almorzó y a continuación durmió una larga siesta.

«¡Qué estúpido y fastidioso es todo esto! —pensó al despertarse y mirar las ventanas oscuras; ya había oscurecido—. He dormido demasiado. ¿Qué voy a hacer ahora por la noche?»

Se sentó en la cama, cubierta con una manta barata y gris, semejante a la de los hospitales, y se increpó a sí mismo con ira:

«Ahí tienes a tu dama del perrito… Ahí tienes tu aventura… Ya puedes quedarte sentado».

Esa misma mañana, en la estación, le había llamado la atención un anuncio con letras muy grandes: se estrenaba *La geisha*. Lo recordó ahora y se dirigió al teatro.

«Es muy posible que ella asista a la primera representación», pensó.

El teatro estaba lleno. Como en todos los teatros de provincias, una niebla flotaba por encima de las arañas

y en el gallinero reinaba una ruidosa agitación; en la primera fila, antes del comienzo de la representación, se alzaban los petimetres locales, con las manos a la espalda; en el palco de autoridades, la hija del gobernador, con una boa alrededor del cuello, ocupaba el primer lugar, mientras su padre se ocultaba discretamente detrás de la cortina, y sólo se veían sus manos; el telón oscilaba, la orquesta llevaba ya un buen rato afinando los instrumentos. Mientras los espectadores entraban y ocupaban sus localidades, Gúrov recorría ávidamente la sala con la vista.

Anna Serguéievna llegó y se sentó en la tercera fila; cuando Gúrov reparó en ella, el corazón se le encogió y comprendió con toda claridad que no había en el mundo persona más próxima, más querida, más importante para él; perdida en esa multitud provinciana, aquella menuda mujer, que nada tenía de particular, con unos vulgares impertinentes en la mano, llenaba ahora toda su vida; era su tristeza, su alegría, la única felicidad que deseaba para sí; bajo los sones de la pésima orquesta y los ruines violines provincianos, pensaba en lo hermosa que era. Pensaba y soñaba.

El hombre que entró con Anna Serguéievna y se sentó a su lado era un joven con patillas cortas, muy alto y encorvado; a cada paso que daba movía la cabeza, como

si prodigara saludos a diestro y siniestro. Probablemente era su marido, a quien ella, en un arrebato de amargura, había calificado en Yalta de lacayo. En realidad, en su larga figura, sus patillas y su incipiente calvicie había cierta modestia lacayuna; tenía una sonrisa empalagosa y llevaba en el ojal una insignia académica que parecía el número de un camarero.

En el primer entreacto el marido salió a fumar y ella se quedó en la butaca. Gúrov, que también estaba sentado en la platea, se acercó a ella y le dijo con voz temblorosa y una sonrisa forzada:

—Buenas noches.

Ella le miró y palideció; luego volvió a mirarlo con pavor, sin dar crédito a sus ojos, y apretó con fuerza en sus manos el abanico y los impertinentes, haciendo evidentes esfuerzos por no desmayarse. Ambos callaban. Ella estaba sentada y él de pie, asustado de su turbación, sin atreverse a sentarse a su lado. Los violinistas y el flautista empezaron a afinar sus instrumentos; de pronto ambos se sintieron aterrados, pues tenían la impresión de que desde todos los palcos les miraban; ella se puso en pie y se dirigió rápidamente a la salida; él la siguió y los dos recorrieron sin orden ni concierto los pasillos y las escaleras, ya subiendo, ya bajando,

cruzándose con personas ataviadas con uniformes de magistrados, profesores y funcionarios del patrimonio imperial, todos con sus insignias; también desfilaron ante ellos damas y pellizas colgadas en perchas; soplaba una corriente de aire que traía un olor a colillas. Gúrov, a quien le latía con fuerza el corazón, pensaba: « ¡Oh, Señor! ¿Qué hace aquí toda esta gente y esta orquesta?».

En ese momento se acordó de pronto de la noche en que había acompañado a Anna Serguéievna a la estación y se había dicho que todo había terminado y nunca volverían a verse. Sin embargo ¡cuán lejos estaban del final!

En una escalera estrecha y sombría, donde estaba escrito: «Entrada al anfiteatro», ella se detuvo.

—¡Cómo me ha asustado usted! —dijo, respirando con dificultad, todavía pálida y aturdida—. ¡Ah, cómo me ha asustado usted! Estoy medio muerta. ¿Por qué ha venido? ¿Por qué?

—Pero compréndame, Anna, compréndame… —dijo él en voz baja y atropellada —. Le ruego que me comprenda…

Ella le dirigió una mirada temerosa, suplicante, llena de amor; lo contempló fijamente, para imprimir mejor sus rasgos en la memoria.

—¡Sufro tanto! —continuó, sin escucharle—. No he hecho otra cosa que pensaren usted, solo he vivido para ese pensamiento. Quería olvidar, olvidar… Pero ¿por qué ha venido? ¿Por qué?

Algo más arriba, en el descansillo, dos estudiantes fumaban y miraban hacia abajo, pero Gúrov, sin cuidarse de nada, atrajo a Anna Serguéievna y empezó a besarle en el rostro, en las mejillas, en las manos.

—¡Qué hace usted, qué hace! —dijo ella aterrada, rechazándolo—. Los dos nos hemos vuelto locos. Váyase hoy mismo, váyase cuanto antes… Se lo ruego por lo más sagrado, se lo suplico… ¡Alguien viene! — un hombre subía por la escalera.

—Debe usted marcharse… —continuó Anna Serguéievna en un susurro—. ¿Me oye, Dmitri Dmítrich? Yo iré a verle a Moscú. ¡Jamás he sido feliz, no lo soy ahora y no lo seré nunca, nunca! ¡No me haga sufrir aún más! Le juro que iré a Moscú. Pero ahora debemos separarnos. ¡Cariño mío, bien mío, amor mío, separémonos!

Le apretó la mano y bajó a toda prisa las escaleras, volviéndose a cada momento para mirarlo; en sus ojos se veía que en verdad no era feliz.

Gúrov esperó unos instantes, aguzando el oído, y, cuando todo quedó en silencio, recogió su abrigo y salió del teatro.

IV

Anna Serguéievna empezó a visitarle en Moscú. Dos o tres veces al mes se marchaba de S. y le decía a su marido que iba a consultar a un especialista sobre una enfermedad propia de mujeres y el marido le creía y no le creía. Cuando llegaba a Moscú, se alojaba en el hotel Slavianski Bazar y al punto enviaba a Gúrov un propio con gorra roja. Gúrov iba a verla, sin que nadie en Moscú supiera nada.

Una mañana de invierno se dirigía a su encuentro (el emisario había ido a su casa la víspera por la tarde, pero no lo había encontrado). Con él iba su hija, a la que quería acompañar al instituto, pues quedaba de paso. Caían gruesos copos de blanda nieve.

—Estamos a tres grados sobre cero y sin embargo sigue nevando —le decía Gúrov a su hija—. Eso se debe a que solo en la superficie de la tierra el ambiente es templado; en las capas superiores de la atmósfera la temperatura es muy distinta —dijo Gúrov.

—Papa, ¿por qué en invierno no hay truenos?

También se lo explicó. Mientras hablaba, pensaba que acudía a una cita y que ni una sola persona lo sabía ni probablemente lo sabría nunca.

Tenía dos vidas: una que se desarrollaba a la luz del día, que veían y conocían aquellos a quienes les incumbía, llena de verdades y mentiras convencionales, semejante en todo a la existencia de sus conocidos y amigos; y otra que fluía en secreto. Por un extraño cúmulo de circunstancias, quizá fortuito, todo lo que era importante, interesante e indispensable para él, todo aquello en lo que se mostraba sincero y no se engañaba, aquello que constituía la esencia misma de su vida, transcurría a espaldas de los otros, mientras todo lo que era mentira, el envoltorio en que se ocultaba para disimular la verdad, como, por ejemplo, su actividad en el banco, sus discusiones en el casino, sus comentarios sobre la «raza inferior», su asistencia a los aniversarios en compañía de su mujer, todo eso estaba a la vista.

Juzgando a los otros a partir de su propia experiencia, desconfiaba de lo que veía y sospechaba que todo el mundo disimulaba bajo el velo del secreto, como bajo el de la noche, su verdadera vida, aquella que presentaba mayor interés. Toda existencia personal descansa en el secreto; quizá a ello se deba en parte que los hombres cultivados se preocupen tanto de que se respeten los secretos personales.

Tras dejar a su hija en el instituto, Gúrov se encaminó al Slavianski Bazar. Dejó la pelliza abajo, subió y llamó suavemente a la puerta. Anna Serguéievna, ataviada con el vestido gris que a él más le gustaba, extenuada por el viaje y la espera, le aguardaba desde la tarde del día anterior; estaba pálida, le miraba sin sonreír y, en cuanto entró, se abalanzó contra su pecho. Como si no se hubieran visto en dos años, su beso fue largo, prolongado.

—Y bien, ¿cómo va todo? —preguntó—. ¿Algo nuevo?

—Espera, en seguida te lo cuento… No puedo.

Las lágrimas le impedían hablar. Se dio la vuelta y se llevó un pañuelo a los ojos.

«Bueno, mientras llora, me sentaré un poco», pensó él, acomodándose en un sillón.

Luego llamó y pidió que le trajeran té; mientras lo tomaba, ella seguía de pie, vuelta hacia la ventana… Lloraba de emoción, sobrecogida por la amarga conciencia del triste curso que habían tomado sus vidas; solo se veían en secreto, ocultándose de la gente como ladrones.

¿Acaso no estaban destrozadas sus vidas?

—¡Bueno, basta! —dijo él.

Estaba seguro de que ese amor no terminaría pronto; ni siquiera sabía cuándo acabaría. Anna Serguéievna cada vez estaba más unida a él, lo adoraba: habría sido impensable decirle que todo debía terminar algún día; además, ella no lo habría creído. Se acercó a ella y la cogió por los hombros con intención de acariciarla y animarla con una broma, y en ese momento se vio en el espejo.

En su cabeza empezaban a despuntar algunas canas. Le pareció extraño haber envejecido tanto en los últimos años y haberse vuelto tan feo. Los hombros en los que se posaban sus manos estaban tibios y

se estremecían. Sintió compasión por esa vida aún cálida y bella, pero probablemente ya próxima a su decadencia y marchitamiento, como la suya propia.

¿Por qué le amaba tanto? Las mujeres siempre le habían tomado por un hombre distinto del que era; no le habían amado a él, sino a un ser creado por su imaginación, al que habían buscado con avidez a lo largo de sus vidas; luego, cuando reparaban en su error, seguían amándole. Ni una sola de ellas había sido feliz a su lado. El tiempo pasaba, trayendo encuentros, relaciones y rupturas, pero él nunca se había enamorado; podía hablarse de cualquier otra cosa, pero no de amor. Solo ahora, cuando empezaba a peinar canas, se había enamorado de verdad, por primera vez en la vida.

Anna Serguéievna y él se querían como personas muy próximas o deudos, como marido y mujer, como amigos íntimos; tenían la impresión de que el sino los había destinado el uno al otro y no podían comprender por qué él estaba casado con otra mujer y ella con otro hombre; parecían una pareja de aves migratorias, macho y hembra, a los que hubieran cazado y obligado a vivir en jaulas separadas. Se habían perdonado mutuamente lo que les avergonzaba de su pasado, se lo perdonaban todo en el presente y sentían que su amor los había transformado a ambos.

Antes, en los momentos difíciles, él se tranquilizaba con todos los razonamientos que le venían a la cabeza; ahora no tenía ánimos para reflexionar, sentía una honda compasión, quería mostrarse sincero, comprensivo…

—Basta, querida —dijo—. Ya has llorado bastante… Vamos a hablar un poco, a ver si se nos ocurre algo.

Pasaron largo rato conversando, tratando de hallar una solución para dejar de esconderse, de mentir, de vivir en ciudades diferentes, de pasar prolongados periodos sin verse. ¿Cómo escapar de esas trabas insoportables?

—¿Cómo? ¿Cómo? —se preguntaba él, cogiéndose la cabeza con las manos—. ¿Cómo?

Le parecía que no tardaría en encontrar una respuesta y que entonces se iniciaría una vida nueva y hermosa; pero ambos sabían muy bien que ese final aún quedaba muy lejano y que lo más complicado y difícil acababa de empezar.

El enemigo

Es de noche. La niñera Varka, una muchacha de unos trece años, mece la cuna en la que está acostado el niño y canturrea con voz apenas audible:

«Duérmete, niño bonito, que viene el coco…».

Una lamparilla verde encendida ante el icono alumbra con luz débil e incierta. Colgados a una cuerda que atraviesa la habitación se ven unos pañales y un pantalón negro. La lamparilla proyecta en el techo un gran círculo verde; las sombras de los pañales y el pantalón se agitan, como sacudidas por el viento, sobre la estufa, sobre la cuna y sobre Varka.

La atmósfera es densa. Huele a piel y a sopa de col.

El niño llora. Está hace tiempo afónico de tanto llorar; pero sigue gritando cuanto le permiten sus fuerzas. Parece que su llanto no va a acabar nunca.

Varka tiene un sueño terrible. Sus ojos, a pesar de todos sus esfuerzos, se cierran, y, por más que intenta evitarlo, da cabezadas. Apenas puede mover los labios, y se siente la cara como de madera y la cabeza pequeñita cual la de un alfiler.

«Duerme, niño bonito…», balbucea.

Se oye el canto monótono de un grillo escondido en una grieta de la estufa. En el cuarto inmediato roncan el maestro y el aprendiz Afanasy. La cuna, al mecerse, gime quejumbrosa. Todos estos ruidos se mezclan con el canturreo de Varka en una música adormecedora, que es grato oír desde la cama. Pero Varka no puede acostarse, y la musiquita la exaspera, pues le da sueño y ella no puede dormir; si se durmiese, los amos le pegarían.

La lamparilla verde está a punto de apagarse. El círculo verde del techo y las sombras se agitan ante los ojos medio cerrados de Varka, en cuyo cerebro semidormido nacen vagos ensueños.

La muchacha ve en ellos correr por el cielo nubes negras que lloran a gritos, como niños de teta. Pero el viento no tarda en barrerlas, y Varka ve un ancho camino, lleno de lodo, por el que transitan, en fila interminable, coches, gentes con talegos a la espalda y sombras. A uno y otro lado del camino, envueltos en la niebla, hay bosques. De pronto, las sombras y los caminantes de los talegos se tienden en el lodo.

—¿Para qué hacen eso? —les pregunta Varka.

—¡Para dormir! —contestan—. Queremos dormir.

Y se duermen como lirones.

Cuervos y urracas, posados en los alambres del telégrafo, ponen gran empeño en despertarlos.

«Duerme, niño bonito…», canturrea entre sueños Varka.

Momentos después sueña hallarse en casa de su padre. La casa es angosta y oscura. Su padre, Efim Stepanov, fallecido hace tiempo, se revuelca por el suelo. Ella no lo ve, pero oye sus gemidos de dolor. Sufre tanto —atacado de no se sabe qué dolencia—, que no puede hablar. Jadea y rechina los dientes.

—Bu-bu-bu-bu…

La madre de Varka corre a la casa señorial a decir que su marido está muriéndose. Pero ¿por qué tarda tanto en volver? Hace largo rato que se ha ido y debía haber vuelto ya.

Varka sueña que sigue oyendo quejarse y rechinar los dientes a su padre, acostada en la estufa. Pero he aquí que se acerca gente a la casa. Se oye trotar de caballos. Los señores han enviado al joven médico a ver al moribundo. Entra. No se le ve en la oscuridad, pero se le oye toser y abrir la puerta.

—¡Enciendan luz! -dice.

—¡Bu-bu-bu! —responde Efim, rechinando los dientes.

La madre de Varka va y viene por el cuarto buscando cerillas. Unos momentos de silencio. El doctor saca del bolsillo una cerilla y la enciende.

—¡Espere un instante, señor doctor! —dice la madre.

Sale corriendo y vuelve a poco con un cabo de vela.

Las mejillas del moribundo están rojas, sus ojos brillan, sus miradas parecen hundirse extrañamente agudas en el doctor, en las paredes.

—¿Qué es eso, muchacho? —le pregunta el médico, inclinándose sobre él—. ¿Hace mucho que estás enfermo?

—¡Me ha llegado la hora, excelencia! —contesta, con mucho trabajo, Efim—. No me hago ilusiones…

—¡Vamos, no digas tonterías! Verás cómo te curas…

—Gracias, excelencia; pero bien sé yo que no hay remedio… Cuando la muerte dice aquí estoy, es inútil luchar contra ella…

El médico reconoce detenidamente al enfermo y declara:

—Yo no puedo hacer nada. Hay que llevarlo al hospital para que lo operen. Pero sin pérdida de tiempo. Aunque es ya muy tarde, no importa; te daré cuatro letras para el doctor y te recibirá. ¡Pero en seguida, en seguida!

—Señor doctor, ¿y cómo va a ir? —dice la madre—. No tenemos caballo.

—No importa; hablaré a los señores y les dejarán uno.

El médico se va, la vela se apaga y de nuevo se oye el rechinar de dientes del moribundo.

—Bu-bu-bu-bu…

Media hora después se detiene un coche ante la casa; lo envían los señores para llevar a Efim al hospital. A los pocos momentos el coche se aleja, conduciendo al enfermo.

Pasa, al cabo, la noche y sale el sol. La mañana es hermosa, clara. Varka se queda sola en casa; su madre se ha ido al hospital a ver cómo sigue el marido.

Se oye llorar a un niño. Se oye también una canción:

«Duerme niño bonito…».

A Varka le parece su propia voz, la voz que canta.

Su madre no tarda en volver. Se persigna y dice:

—¡Acaban de operarlo, pero ha muerto! ¡Santa gloria haya!… El doctor dice que se le ha operado demasiado tarde; que debía habérsele operado hace mucho tiempo.

Varka sale de la casa y se dirige al bosque. Pero siente de pronto un tremendo manotazo en la nuca. Se despierta y ve con horror a su amo, que le grita.

—¡Mala pécora! ¡El nene llorando y tú durmiendo!

Le da un tirón de orejas; ella sacude la cabeza, como para ahuyentar el sueño irresistible, y empieza de nuevo a balancear la cuna, canturreando con voz ahogada.

El círculo verde del techo y las sombras siguen produciendo un efecto letal sobre Varka, que, cuando su amo se va, torna a dormirse. Y empieza otra vez a soñar.

De nuevo ve el camino enlodado. Infinidad de gente, cargada con talegos, yace dormida en tierra. Varka quiere acostarse también; pero su madre, que camina a su lado, no la deja; ambas se dirigen a la ciudad en busca de trabajo.

—¡Una limosnita, por el amor de Dios! —implora la madre a los caminantes—. ¡Compasión, buenos cristianos!

—¡Dame el niño! —grita de pronto una voz que le es muy conocida a Varka—. ¡Otra vez dormida, mala pécora!

Varka se levanta bruscamente, mira en torno suyo y se da cuenta de la realidad: no hay camino, ni caminantes, ni su madre está junto a ella; solo ve a su ama, que ha venido a darle teta al niño.

Mientras el niño mama, Varka, de pie, espera que acabe. El aire empieza a azulear tras los cristales; el círculo verde del techo y las sombras van palideciendo. La noche le cede su puesto a la mañana.

—¡Toma al niño! —ordena a los pocos minutos el ama, abotonándose la camisa—. Siempre está llorando. ¡No sé qué le pasa!

Varka coge al niño, lo acuesta en la cuna y empieza otra vez a mecerlo. El círculo verde y las sombras, menos perceptibles a cada instante, no ejercen ya influjo sobre su cerebro. Pero, sin embargo, tiene sueño; su necesidad de dormir es imperiosa, irresistible. Apoya la cabeza en el borde de la cuna y balancea el cuerpo al par que el mueble, para despabilarse; pero los ojos se le cierran y siente en la frente un peso plúmbeo.

—¡Varka, enciende la estufa! —grita el ama, al otro lado de la puerta.

Es de día. Hay que comenzar el trabajo.

Varka deja la cuna y corre por leña al porche. Se anima un poco; es más fácil resistir el sueño andando que sentado.

Lleva leña y enciende la estufa. La niebla que envolvía su cerebro se va disipando.

—¡Varka, prepara el samovar! —grita el ama.

Varka empieza a encender astillas, pero su ama la interrumpe con una nueva orden:

—¡Varka, límpiale los chanclos al amo!

Varka, mientras limpia los chanclos, sentada en el suelo, piensa que sería delicioso meter la cabeza en uno de aquellos zapatones para dormir un rato. De pronto, el chanclo que estaba limpiando crece, se infla, llena toda la estancia. Varka suelta el cepillo y empieza a dormirse; pero hace un nuevo esfuerzo, sacude la cabeza y abre los ojos cuanto puede, en evitación de que los chismes que hay a su alrededor sigan moviéndose y creciendo.

—¡Varka, ve a lavar la escalera! —ordena el ama, a voces—. ¡Está tan cochina, que cuando sube un parroquiano me avergüenzo!

Varka lava la escalera, barre las habitaciones, enciende después otra estufa, va varias veces a la tienda. Son tantos sus quehaceres, que no tiene un momento libre.

Lo que más trabajo le cuesta es estar de pie, inmóvil, ante la mesa de la cocina, pelando papas. Su cabeza se inclina, sin que ella lo pueda evitar, hacia la mesa; las papas toman formas fantásticas; su mano no puede sostener el cuchillo. Sin embargo, es preciso no dejarse vencer por el sueño: está allí el ama, gorda, malévola, chillona. Hay momentos en que le acomete a la pobre muchacha una violenta tentación de tenderse en el suelo y dormir, dormir, dormir…

Transcurre así el día. Llega la noche.

Varka, mirando las tinieblas enlutar las ventanas, se aprieta las sienes, que se siente como de madera, y sonríe de un modo estúpido, completamente inmotivado. Las tinieblas halagan sus ojos y hacen renacer en su alma la esperanza de poder dormir.

Hay aquella noche una visita.

—¡Varka, enciende la cafetera! —grita el ama.

La cafetera es muy pequeña, y para que todos puedan tomar té hay que encenderlo cinco veces.

Luego Varka, en pie, espera órdenes, fijos los ojos en los visitantes.

—¡Varka, ve por vodka! Varka, ¿dónde está el sacacorchos? ¡Varka, limpia un arenque!

Por fin la visita se va. Se apagan las luces. Se acuestan los amos.

—¡Varka, abraza al niño! —es la última orden que oye.

Canta el grillo en la estufa. El círculo verde del techo y las sombras vuelven a agitarse ante los ojos medio cerrados de Varka y a envolverle el cerebro en una niebla.

«Duerme, niño bonito…», canturrea la pobre muchacha con voz soñolienta.

El niño grita como un condenado. Está a dos dedos de encanarse.

Varka, medio dormida, sueña con el ancho camino enlodado, con los caminantes del talego, con su madre, con su padre moribundo. No puede darse cuenta de lo que pasa en torno suyo. Solo sabe que algo la paraliza, pesa sobre ella, le impide vivir. Abre los ojos, tratando de inquirir qué fuerza, qué potencia es esa, y no saca nada en limpio. Sin alientos ya, mira el círculo verde, las sombras… En este momento oye gritar al niño y se dice: «Ese es el enemigo que me impide vivir».

El enemigo es el niño.

Varka se echa a reír. ¿Cómo no se le ha ocurrido hasta ahora una idea tan sencilla?

Completamente absorbida por tal idea se levanta, y, sonriendo, da algunos pasos por la estancia. La llena

de alegría el pensar que va a librarse al punto del niño enemigo. Lo matará y podrá dormir lo que quiera.

Riendo, haciendo guiños y amenazando a la mancha verde con el dedo, Varka se acerca con sigilo a la cuna y se inclina sobre el niño. Nada más estrangularlo, se tumba en el suelo, riendo de alegría ante la perspectiva del sueño; al cabo de un minuto duerme ya profundamente, como una muerta…

Tsss

Iván Yegorovich Krasnujin, periodista mediocre, regresa a su casa preocupado, serio, con expresión particularmente reconcentrada. Su aspecto es el del hombre que espera un registro o medita la idea del suicidio. Después de dar unos cuantos pasos por la habitación se detiene, hunde los dedos en sus cabellos y dice con el tono de un Laertes disponiéndose a vengar a su hermana:

—¡Estás deshecho…! ¡Tu alma está cansada…! ¡La tristeza oprime tu corazón, y has de sentarte y escribir…! ¡Y que a esto se le llame vida…! ¿Por qué no ha descrito nadie todavía la torturadora contradicción ante la que se encuentra el escritor, obligado a hacer reír a las masas cuando está triste o a verter lágrimas, como por encargo, cuando está alegre…? ¡Forzosamente he de mostrarme jovial, impasiblemente frío, ingenioso…! Pero… ¿imaginan que me oprimiera la tristeza o, por ejemplo, que estuviera enfermo…? ¿Que se muriera el niño o diera a luz mi mujer…?

Mientras dice todo esto agita los puños y hace girar sus ojos… Después se encamina al dormitorio y despierta a su esposa.

—¡Nadia! —dice—. ¡Voy a ponerme a escribir! ¡Por favor, que nadie me moleste…! ¡Es imposible escribir si lloran los niños o roncan las cocineras! Ocúpate de prepararme el té y… quizá también un bistec… ¡Ya sabes que sin té no puedo escribir…! ¡El té es lo único que sostiene mis fuerzas durante el trabajo…!

De vuelta en su habitación, se quita la levita, el chaleco y los zapatos. Se desnuda despacio y, después, tras de hacer adoptar a su rostro una expresión de ingenuidad ofendida, se sienta ante la mesa del despacho.

Sobre la mesa no hay nada casual…, cotidiano… Todo, hasta la más pequeña bagatela, lleva impreso un sello de premeditación y parece sujeto a un rígido programa: los pequeños bustos y las fotografías de grandes escritores, el montón de borradores de los manuscritos, el volumen de Belinski, con una página doblada; un hueso de nuca a guisa de cenicero, una hoja de periódico plegada al descuido aparentemente, pero de manera que quede visible el sitio acotado con lápiz azul, que lleva la palabra «vil» escrita al margen con grandes caracteres; cerca de una docena de lápices recién afilados, portaplumas con plumillas nuevas, sin duda colocadas allí en evitación de que causas exteriores o casuales, como, por ejemplo, una plumilla al estropearse, puedan entorpecer el libre vuelo creador.

Krasnujin se reclina en el respaldo del sillón, cierra los ojos y se sumerge en la meditación del tema elegido. Oye el chancleteo de su mujer, que prepara el samovar.

El ruido de la tapadera y del cuchillo, se le caen de las manos, revela que aún no está del todo despierta. Pronto el burbujeo del samovar y el chisporroteo de la carneal freírse llegan hasta él. La mujer corta después astillas y hace sonar las placas y las puertecillas del fogón. De repente. Krasnujin se estremece, abre asustado los ojos y empieza a olfatear la atmósfera.

—¡Dios mío…! ¡Tufo…! —gime con una mueca de sufrimiento—, ¡Tufo…!

¡Esta insoportable mujer mía se ha propuesto envenenarme…! ¡Quisiera que alguien me dijera, por el amor de Dios, cómo se puede trabajar en este ambiente…!

Corre a la cocina, y allí se desfoga con un clamor dramático. Cuando poco después la mujer, andando de puntillas y con grandes precauciones, le trae un vaso de té, está otra vez sentado en el sillón, con los ojos cerrados y sumergido en el tema.

Permanece inmóvil, se golpea ligeramente la frente con los dedos y finge no darse cuenta de la presencia de

su esposa… Su rostro, como antes, lleva impreso una expresión de ingenuidad ofendida.

Semejante a la niña a la que han regalado un rico abanico, hace gestos coquetos, monerías, presume ante sí mismo antes de escribir el título; se oprime las sienes, encoge el cuerpo, alza las rodillas bajo el sillón, como acometido por un dolor, o entorna lánguidamente los ojos igual que el gato sobre el diván… Por fin, no sin antes vacilar, extiende la mano hacia el tintero y, con la expresión del que está firmando una sentencia de muerte, escribe el título…

—¡Mamá…! ¡Dame agua…! —oye decir a la voz del hijo.

—¡Tssss…! —dice la madre— ¡Papá está escribiendo…! ¡Tssss…!

Papá escribe de prisa, de prisa; sin tachaduras ni paradas; apenas le da tiempo a volver las páginas. Los bustos y retratos de los escritores célebres, inmóviles, contemplan el rápido deslizarse de su pluma, y se diría que piensan: «¡Vaya, hermano…! ¡Qué bien te has hecho al oficio!».

«¡Tssss…!», chima la pluma.

«¡Tssss…!», emiten los escritores estremeciéndose con la mesa por un empujón de la rodilla.

De repente, Krasnujin se endereza, suelta la pluma y presta oído… Percibe un bisbiseo igual y monótono… Es el huésped, Foma Nikoláievich, que reza en la habitación contigua.

—¡Oiga! —grita Krasnujin—. ¡Tenga la bondad de rezar en voz baja! ¡No me deja usted escribir!

—Usted perdone… —contesta tímidamente Foma Nikoláievich.

—¡Tssss…!

Tras llenar cinco cuartillas, Krasnujin se despereza y consulta la hora.

—¡Dios mío…! ¡Son ya las tres…! —gime—. ¡La gente duerme, y yo soy el único que tiene que trabajar…!

Deshecho, cansado, inclinada de un lado la cabeza, se dirige al dormitorio, donde despierta a su mujer y la dice con lánguida voz:

—¡Nadia…! ¡Dame más té…! ¡Me siento flojo…!

Escribe hasta las cuatro, y de buena gana hubiera seguido escribiendo hasta las seis de no habérsele agotado el tema. Aquel coqueteo y afectación ante los propios ojos y los objetos inanimados, lejos de la indiscreta mirada observadora; el despotismo, la tiranía ejercida sobre el minúsculo hormiguero que el Destino colocó bajo su férula, constituyen la sal y la miel de su existencia. ¡Cuán poco se asemeja este déspota, contemplado en su hogar, al hombrecillo rebajado, sometido, desprovisto de talento que acostumbramos ver en las redacciones!

—¡Estoy tan sumamente cansado que no sé si podré dormir! —dice al acostarse—. ¡Este trabajo nuestro…, este maldito trabajo de presidiario…, no cansa tanto el cuerpo como el alma! ¡No estaría de más tomar un poco de bromuro…! ¡Oh…! ¡Dios lo sabe…! ¡Si no fuera por la familia, mandaría a paseo un trabajo así…! ¡Escribir por encargo…! ¡Horrible…!

Se duerme hasta las doce o hasta la una, se duerme con un sueño profundo y saludable… ¡Oh! ¡Cuánto mejor dormiría…, qué sueños no serían los suyos… y cómo se desenvolvería si llegara una vez a ser escritor famoso, redactor, o editor a lo menos!

—¡Se ha pasado escribiendo la noche entera! —dice en voz baja la mujer, poniendo cara asustada—. ¡Tssss…!

Nadie se atreve a andar, a hablar, a hacer ruido… Aquel sueño es una cosa sagrada, y el culpable que lo perturbe pagará cara la ofensa.

—¡Tssss…! —resuena en el piso—. ¡Tssss…!

Era ella

—¡Cuéntenos algo, Piotr Ivánovich! —decían las señoritas.

El coronel, retorciéndose el bigote y tosiendo para aclararse la voz, empezó:

—Esto ocurrió en el año 1843, cuando nuestro regimiento se encontraba cerca de Chemstojovo. He de advertirles, señoras mías, que aquel año el invierno era muy crudo; tanto, que no pasaba día sin que a los centinelas se les congelara la nariz o la ventisca borrara con la nieve los caminos. La fuerte helada que había comenzado a caer a finales de octubre se prolongó hasta el mismo abril. He de decirles también que en aquellos tiempos yo no tenía, como ahora, la apariencia de una pipa vieja y ahumada. Imagínense en cambio un hombre joven…, en toda la plenitud de la salud y, en una palabra… guapo. Este joven se pavoneaba como un pavo real, tiraba el dinero a derecha y a izquierda y se retorcía el bigote como no se lo retorcía ningún suboficial del mundo. Le bastaba con guiñar un ojo, hacer tintinear las espuelas y atusarse el bigote, para que la belleza más orgullosa se le convirtiera en la más obediente ovejilla. Tenía tanta ansia de mujeres como la araña de moscas, y si ahora,

señoras mías, fuera a enumerar todas las jovencitas polacas y judías que estaban colgadas de su cuello, te atrevo a asegurar que las matemáticas no hubieran tenido bastantes cifras. Añádase a esto que era entonces ayudante del regimiento, que bailaba perfectamente bien la mazurca y que estaba casado con la mujer más maravillosa (que en paz descanse). De lo travieso que era y de lo loca que era su cabeza, no pueden ustedes hacerse idea. Si en la región se hablaba de alguna historia amorosa, si alguien tiraba de las patillas a un judío o daba de bofetadas a un polaco, ya se sabía que todo aquello había sido asunto del oficial Vivertov.

Mi cargo de ayudante me hacía recorrer frecuentemente la comarca. El motivo del viaje, unas veces era comprar avena o heno; otras vender a los polacos caballos defectuosos; pero las más de las veces, señoras mías, de lo que se trataba era de galopar, bajo el pretexto del servicio, hacia algún *rendez-vous* con jóvenes polacas o de jugar a las cartas en las casas de los ricos terratenientes. Una noche de Navidad (me acuerdo como si fuera ayer) me dirigía yo desde Chemstojovo a la aldea Shevelki, adonde me conducían necesidades del servicio. He de decirles que el tiempo era insoportable. La helada crujía y se ponía tan enfadada que hacía gruñir a los caballos, mientras que mi cochero y yo, en menos de media hora, nos habíamos convertido en dos témpanos

de hielo. ¡Y todavía la helada podía soportarse…, pero imagínense lo que fue cuando a la mitad del camino se levantó la ventisca! Aquel blanco sudario giraba y daba vueltas como el diablo antes de la misa de alba. El viento se lamentaba como si le hubieran separado de su mujer, y el camino había desaparecido. No tardamos más de diez minutos en encontramos, el cochero, el caballo y yo, envueltos en nieve.

—Señoría…, hemos perdido el camino —dijo el cochero.

—¡Ah…, diablos! ¿Qué es lo que has ido mirando… tonto? Sigue derecho, que puede que demos con alguna vivienda.

Conque así caminamos y caminamos, dando vueltas y más vueltas, hasta que a eso de la medianoche nuestros caballos llegaron a las puertas de una hacienda (me acuerdo como si fuera ayer) propiedad del conde Boiadlovsky, un rico polaco. Los polacos y los judíos son para mí lo mismo que la raíz fuerte después de la comida, aunque, a decir verdad, los polacos son gente muy hospitalaria, y en cuanto a las polacas, no hay mujeres más ardientes que ellas. Nos hicieron entrar… Como por aquel entonces el conde Boiadlovsky vivía en París, nos recibió su administrador Kasimir Japtzinsky.

Me acuerdo que no había pasado todavía media hora cuando ya estaba yo sentado en casa del administrador haciendo la corte a su mujer y bebiendo y jugando a las cartas. Después de ganarme al juego cinco monedas de oro y de haber bebido bastante, pedí que me indicaran el lugar donde podía dormir. Por no haber sitio en casa del administrador, me prepararon habitación en los aposentos condales.

—¿No le dan a usted miedo los fantasmas? —me preguntó el administrador, acompañándome hasta la pequeña estancia situada junto a una enorme sala vacía, llena de frío y de oscuridad.

—¿Es que hay aquí fantasmas? —pregunté, escuchando cómo el eco repetía mis palabras y mis pasos.

—No sé… —rio el polaco—; pero este lugar me parece el más a propósito para fantasmas y fuerzas malignas.

Yo había bebido bien. Estaba tan ebrio como cuarenta mil zapateros, pero tengo que confesar que aquellas palabras me llenaron de frío. ¡Qué diablos! ¡Prefiero tener que habérmelas con cien circasianos que con un solo fantasma! ¿Qué iba a hacer, sin embargo? Me desvestí y me tumbé en la cama… Mi vela alumbraba escasamente las paredes, sobre las que, como pueden

ustedes figurarse, pendían retratos de antepasados (cada uno más terrible que el otro), cuernos de caza, armas antiguas y demás fantasmagorías… Reinaba un silencio sepulcral. Tan solo de la sala inmediata llegaba un ruido de carreras de ratones y un crujido de muebles secos. Lo que pasaba al otro lado de la ventana era infernal. El viento entonaba cánticos funerarios, los árboles se doblaban entre aullidos y llantos. Algo endiablado. Una persiana, sin duda, rechinaba y golpeaba de un modo quejumbroso en la ventana. Añada usted a esto que la cabeza me daba vueltas y el mundo entero con ella… Si cerraba los ojos, me parecía que mi cama volaba por toda la casa vacía y jugaba al marro con los espíritus.

Para calmar mi miedo, me apresuré a apagar la vela, porque las habitaciones vacías son mucho más terribles con luz que en la oscuridad…

Las tres señoritas que escuchaban al narrador se habían acercado a él y le miraban fijamente.

—Pues bien… —prosiguió el coronel—: a pesar de los esfuerzos que hacía por dormirme, el sueño huía de mí. Tan pronto me figuraba que entraban ladrones por la ventana, como que oía el murmullo de alguna voz o creía que alguien me tocaba en el hombro. En suma: todas esas cosas endiabladas, tan conocidas de los que han pasado

por una tensión nerviosa de ese género. Pero figúrense que de pronto, en medio de aquel caos de sonidos, distingo perfectamente un mido semejante al de unos pies andando en chancletas. ¿Y qué piensan ustedes…? En esto oigo que alguien tose, que se acerca a la puerta y la abre.

—¿Quién está ahí? —pregunto levantándome.

—Soy yo… No temas —me contestó una voz femenina.

Me dirigí a la puerta… Pasaron unos cuantos segundos y sentí dos brazos femeninos, blandos como el plumón, echarse sobre mis hombros.

—Te quiero… Me eres más precioso que la vida entera —dijo la melodiosa voz femenina.

Un aliento caliente rozó mi mejilla… Olvidándome de la ventisca, de los espíritus y de todo lo que hay en el mundo, rodeé con mi brazo su talle, ¡y qué talle aquel…! ¡Talles así puede crearlos la naturaleza, y por encargo especial, una vez cada diez años! ¡Fino, cincelado, caliente, efímero como la respiración de una criatura! No pude contenerme y la estreché fuertemente entre mis brazos… Nuestros labios se unieron en un fuerte y prolongado beso, y juro por todas las mujeres que hay en el mundo que mientras viva no olvidaré este beso.

El coronel quedó silencioso, bebió medio vaso de agua y prosiguió bajando la voz:

—Cuando al día siguiente miré por la ventana, vi que la ventisca arreciaba, por lo que no había posibilidad de marcharse. Tuve que permanecer el día entero en casa del administrador, jugando a las cartas y bebiendo. Por la noche ya estaba otra vez en la casa vacía, y al dar las doce abrazaba aquel talle… Sí, señoritas; si no hubiera sido, por el amor, me hubiera muerto entonces de aburrimiento. ¡Quién sabe si hasta hubiera llegado a hacer excesos en la bebida…!

El coronel suspiró, se levantó y dio en silencio unos cuantos pasos por el salón.

—Bueno, pero ¿y qué pasó después? —preguntó, impaciente, una de las señoritas.

—Nada. Al día siguiente ya me había vuelto a poner en camino.

—Sí, pero… ¿quién era aquella mujer? —insistió, indecisa, la señorita.

—¿Quién iba a ser?

—No entiendo…

—¡Pues… mi mujer!

Las tres señoritas se levantaron de un salto, como si hubieran recibido un pinchazo.

—¿Cómo su mujer? —preguntaron todas a la vez.

—¡Pero, Dios mío…! —dijo enojado el coronel, encogiéndose de hombros.

¿Qué hay en ello de extraordinario? Creo, sin embargo, haberme explicado con suficiente claridad… Yo iba a Shevelki con mi mujer… Ella pasaba también la noche en la casa vacía, en la habitación contigua… ¿Está claro?

—¡Ah! —dijeron a coro las señoritas, dejando caer las manos con desencanto—.

Había usted empezado muy bien, pero la terminación… ¡Vaya un final…! ¡Su mujer…! Perdone, pero eso ya no resulta interesante ni inteligente.

—¡Qué cosa más particular…! Entonces, según eso, ¿ustedes hubieran preferido que no se hubiera tratado de mi mujer legítima, sino de cualquier otra mujer…?

¡Ah, señoritas, señoritas…! ¡Si piensan así ahora, cómo van a pensar cuando se casen…!

Las señoritas se aturdieron y quedaron calladas y enfurruñadas, frunciendo el entrecejo. Completamente desilusionadas, empezaron a bostezar ruidosamente.

Durante la cena no comieron nada, y haciendo bolitas de pan guardaron silencio.

—Sí —no pudo menos de decir una de ellas—. Si tenía ese final, ¿qué necesidad había de contarlo? Es una historia que no tiene ningún interés. ¡Hasta resulta rara!

—¡Empezarla de un modo tan sugestivo para luego cortarla de repente…! —añadió otra—. Ha sido una burla y nada más.

—¡Bueno! ¡Bueno…! ¡He estado bromeando…! —dijo el coronel—, ¡No se enfaden ustedes, señoritas, que fue una broma…! ¡Aquella mujer no era mi mujer, sino la del administrador…! —¿Sí…?

Las señoritas se animaron de pronto, sus ojos brillaron, se acercaron al coronel y, sirviéndole vino, empezaron a asediarle a preguntas. El aburrimiento había desaparecido, y la cena desapareció también muy pronto, pues las señoritas se pusieron a comer con gran apetito.

ÍNDICE

"Amo la honradez y la pureza y me repugna el pecado; ni yo misma sé lo que hago. La gente corriente dice: el maligno lo ha tentado. Yo también puedo emplear ahora esa expresión...

Colección
Lima Lee

